



nunca; repasó en su memoria todas las faltas que había cometido, y sus reflexiones no pudieron ménos de aumentar la irresolucion genial de su carácter. Mientras que entretenía á Francisco con promesas, negociaba en secreto con Carlos; deseoso de restituir á su familia la autoridad que ejercía anteriormente en Florencia, conocía que no podía aguardar este servicio de Francisco, que había formado una alianza muy estrecha con la nueva república: se inclinaba, pues, mucho más á su enemigo que á su bienhechor, y no auxilió en nada las operaciones de Lautrec. Los venecianos, de su parte, veían con envidia los progresos del ejército francés: ocupados únicamente en recobrar para sí mismos algunas ciudades marítimas del reino de Nápoles, no tomaron ningun interés en la rendición de la capital, de donde dependía la victoria de la causa comun.

El rey de Inglaterra, por su parte, no pudo plantificar el proyecto que había formado de poner dificultades al emperador, atacándole en los Países-Bajos. Había encontrado en sus súbditos la mayor aversión á una guerra inútil, que se encaminaba únicamente á arruinar el comercio de la nación. A fin de acallar sus clamores, y de prevenir una sublevación pronta á reventar, hasta se vió forzado á concluir una tregua de ocho meses con la gobernadora de los Países-Bajos. El mismo Francisco por una consecuencia de esta inadvertencia inexcusable, que le había sido ya tantas veces fatal, no cuidó de remitir á Lautrec los caudales necesarios para la manutención del ejército.

Estos acontecimientos imprevistos retardaban los progresos de las armas francesas, y desalentaban á un tiempo al soldado y al general cuando la rebelión de Andrés Doria acabó de trastornar todas sus esperanzas. Este valiente oficial, ciudadano de una república, y criado desde su infancia en el servicio marítimo, había conservado el espíritu de independencia natural á un republicano, con toda la franqueza y sencillez de costumbres que distinguen á los marinos. Incapaz de acomodarse al espíritu de intriga y de adulación, necesaria para salir con sus pretensiones en las Cortes; teniendo además el juicio interior de cuanto valía,

manifestaba en todas ocasiones su dictámen con libertad, se quejaba ó representaba sin contemplación sobre lo que le ofendía.

Los ministros franceses, poco acostumbrados á estas licencias, resolvieron perder á un hombre que los trataba con tan poco miramiento; y aunque Francisco conociese todo el valor de los servicios de Doria, y tuviera alta idea de su carácter, los cortesanos, representándole sin cesar como un hombre altivo, intratable, más ocupado de su propio engrandecimiento que de los intereses de la Francia, lograron destruir insensiblemente su valimiento, y sembrar en el corazón del rey sospechas y desconfianzas. Bien pronto Doria tuvo que sufrir muchas afrentas é injusticias; no se le pagaban con regularidad sus sueldos; se despreciaban amenudo sus dictámenes aun en los negocios marítimos: se tomaron disposiciones para arrebatár á su sobrino los prisioneros que había hecho en el combate naval de Nápoles. Todos estos procederes le habían llenado ya de resentimiento, cuando una nueva injuria á su patria acabó de cansar su paciencia. Los franceses comenzaban á fortificar á Savona y limpiar su puerto; trasladando allí algunos ramos de comercio que Génova poseía, manifestaron bastante su intención de convertir á esta ciudad, objeto de los celos y odio de los genoveses desde largo tiempo, en rival de su tráfico y de su opulencia.

Doria, animado de un celo patriótico por el honor é interés de su país, se quejó de ello con mucha altivez, y aun amenazó, si no se abandonaba inmediatamente este proyecto. Semejante acción atrevida, exajerada por el odio de los cortesanos y presentada bajo del aspecto más odioso, irritó tanto á Francisco, que dió orden á Barvesieux, almirante del Levante, de dar la vela hácia Génova con la armada francesa para prender á Doria y apoderarse de sus galeras. Se habría necesitado el más profundo secreto para asegurar la ejecución de esta orden imprudente; mas hubo tan poco cuidado de ocultarla, que Doria la supo con anticipación y tuvo todo el tiempo de retirarse con sus galeras á lugar seguro. Del Guasto, su prisionero, que observaba desde largo tiempo los progre-



sos de su descontento y procuraba acrecentarlo; que le había solicitado á menudo para que entrara al servicio del emperador, prometiéndole las mayores utilidades, cuidó de no dejar escapar tan bella coyuntura. Cuando vió en su colmo el enojo é indignación de Doria, se aprovechó de este momento y se determinó á enviar uno de sus oficiales á la corte del emperador, para hacer de su parte declaraciones y proposiciones. La negociación no se alargó: Carlos conoció toda la importancia de tal adquisición y accedió á todas sus peticiones. Doria devolvió sin dilación á Francisco su comisión y el collar de San Miguel, y enarbolando el pabellon del emperador, zarpó con todas sus galeras hácia Nápoles, no para bloquear el puerto de esta desgraciada ciudad, como se había obligado, sino para socorrerla y librarla.

Su arribo abrió otra vez la comunicación del mar y trajo la abundancia á Nápoles, que sufría todos los males de la hambre. Los franceses, que no dominaban ya en el mar, no tardaron en carecer de víveres, y se encontraron reducidos á las más tristes extremidades. El príncipe de Orange, que había sucedido al virey en el mando del ejército imperial, se mostró por su buena conducta digno de este honor, que su buena fortuna y la muerte de muchos generales le habían proporcionado dos veces. Querido de las tropas, que se acordaban de las victorias que habían conseguido bajo de su gobierno, y que le obedecían con el mayor celo, no cesaba de inquietarlo y debilitarlo con alarmas y salidas continuas. Para cúmulo de infortunios, las enfermedades, tan comunes en este país durante los calores del estío, comenzaron á propagarse entre los franceses. Los prisioneros habían traído la peste de Roma á Nápoles; hizo tanto estrago en su campo, que sólo un corto número de soldados y oficiales se libraron del contagio. De todo el ejército no quedaban 4.000 hombres en estado de hacer servicio; tristes reliquias que bastaban apenas á defender el campo, en donde, sitiados bien pronto á su turno, los franceses, probaron todos los males de que los imperiales acababan de eximirse. Lautrec, después de haber luchado largo tiempo contra tantos obstáculos y calamidades

que abatían su alma, al paso que la peste devoraba sus entrañas, falleció lamentando la negligencia de su soberano y la infidelidad de sus aliados, de que tantos valientes fueron víctimas.

Su muerte y la enfermedad de los otros oficiales generales hicieron recaer el mando en el marqués de Saluces. Este, que carecía de talentos propios para sostener tan pesada carga, se retiró en desorden á Aversa, arrastrando tras de sí tropas desalentadas y reducidas á cortísimo número. No tardó en ser embestida la ciudad por el príncipe de Orange, y Saluces se vió en la necesidad de consentir en quedar prisionero de guerra, en perder todo su bagaje y en dejar conducir bajo de la custodia de un destacamento á sus tropas desarmadas y sin banderas hasta las fronteras de Francia. Esta vergonzosa capitulación salvó á las tristes reliquias del ejército francés, y el emperador recobró su superioridad en Italia por su firmeza y por la buena conducta de sus generales.

La pérdida de Génova siguió de cerca á la ruina del ejército francés delante de Nápoles. La primera ambición de Doria había sido siempre libertar á su patria de todo dominio extranjero; éste era el principal motivo que le había empeñado á abandonar el servicio de Francia para pasar al del emperador. Jamás había tenido ocasión más favorable de ejecutar esta noble empresa. La ciudad de Génova, afligida de la peste, estaba casi abandonada de sus moradores; la guarnición francesa, mal pagada y reducida á un puñado de soldados, sin que se pensara en enviar reclutas: los emisarios de Doria vieron que los pocos ciudadanos que quedaban, fatigados por igual de la dominación francesa y de la española, cuyo rigor habían experimentado alternativamente, estaban prontos á recibirlo como su libertador y á auxiliar todas sus medidas. Doria, asegurado de que todo favorecía á su designio, dió la vela á lo largo del río de Génova; las galeras francesas se retiraron á su aproximación, y un destacamento pequeño que echó á tierra sorprendió durante la noche una de las puertas de la ciudad. Tribulce, gobernador francés, se encerró en la ciudadela con una débil guarnición, y Doria



se posesionó de la ciudad sin combatir ni verter sangre. Tribulce, á quien los víveres faltaron, se vió al instante en precision de capitular, y los genoveses, queriendo abolir el odioso monumento de su servidumbre, corrieron en tumulto á la ciudadela, y la arrasaron hasta los cimientos.

Doria, que acababa tan felizmente de liberar á su país de la opresion, podia sin obstáculo apoderarse de la autoridad absoluta. La reputacion que habia adquirido por sus hazañas, el feliz suceso de esta última empresa, la adhesion de sus amigos, el reconocimiento de que estaban penetrados sus compatriotas, el apoyo del emperador, todo conspiraba á allanarle el camino de la soberanía, todo le convidaba á apoderarse de ella. Mas por una magnanimidad de que hay pocos casos, sacrificó todo pensamiento de engrandecerse á la virtuosa satisfaccion de restablecer la libertad en su patria, objeto el más noble que la ambicion pueda proponerse. Habiendo convocado al pueblo delante de la plaza de su palacio, declaró que el gusto que experimentaba de ver á sus paisanos libres segunda vez, era la más dulce recompensa de todos sus servicios; que el título de ciudadano le encantaba más que el de rey; que no queria autoridad ni preeminencia sobre sus iguales, y que los dejaba enteramente dueños de establecer la forma de gobierno que juzgáran á propósito elegir.

El pueblo le escuchaba derramando lágrimas de admiracion y de gozo. Se nombraron doce personas para formar el plan de la nueva república. El ejemplo de Doria inspiró á sus conciudadanos el mismo entusiasmo de generosidad y de virtud; parecia haberse perdido la memoria de las desgraciadas facciones que habian despedazado y arruinado á este Estado por tanto tiempo, y se tomaron todas las precauciones que dictó la prudencia para impedirles renacer; se estableció, en fin, con aplauso universal, la forma de gobierno que ha subsistido en Génova desde aquel tiempo hasta nuestros dias casi sin ninguna alteracion. Doria vivió hasta una edad muy avanzada, querido, respetado y honrado de sus compatriotas: jamás su moderacion se desmintió; y sin abro-

garse ninguna distincion personal, conservó el mayor ascendiente en todos los consejos de una república deudora de su existencia á su generosidad. La autoridad que gozaba, era, sin duda, más lisonjera y satisfactoria que la que habria tomado prestada del título de soberano: su imperio, fundado en el reconocimiento, se sostenia por el amor y respeto que inspira la virtud, y no por el miedo que excita el poder. Su memoria es reverenciada todavía de los genoveses: en todos sus monumentos públicos, en todas las obras de sus historiadores, su nombre aparece siempre adornado con los más honoríficos títulos, como los de *Padre de su patria*, de *Restaurador de su libertad*.

Francisco, deseoso de restablecer la reputacion de sus armas, ajada con tantos reveses, hizo nuevos esfuerzos en el Milanés. Mas el conde de San Pol, oficial temerario é inexperto, á quien dió el mando de su ejército, no era un émulo para oponer á Antonio de Leyva, el más hábil de los generales del emperador. Este, instruido profundamente en el arte de la guerra, supo con un puñado de soldados rechazar é inutilizar los ataques bastante vivos, pero mal concertados, de los franceses; y á pesar de sus enfermedades, que le obligaban á hacerse trasportar constantemente en una litera, los sobrepujó siempre en la ocasion en actividad y prudencia. Por una marcha imprevista, sorprendió, derrotó y tomó prisionero al conde de San Pol, y destruyó al ejército francés en el Milanés tan completamente como el principe de Orange habia acabado con el que asediaba á Nápoles.

A pesar del vigor con que se continuaba la guerra, cada partido dejaba traslucir la más viva ansia de la paz, y no se dejaba de negociar para conseguirla. El rey de Francia, desalentado y casi agotado del todo por tantas empresas desgraciadas, no esperaba ya proporcionarse por la via de las armas la libertad de sus hijos, y estaba reducido á proponer resarcimientos para obtenerla. El papa contaba recobrar por un tratado lo que habia perdido en la guerra. Tampoco faltaban á Carlos, á pesar de todas sus victorias, razones para desear un convenio. Soliman, despues de haber asolado á



la Hungría, estaba cerca de dejarse caer sobre el Austria con todas las fuerzas del Oriente.

La reforma ganaba terreno todos los dias en Alemania, y los principes sus favorecedores habian formado una confederacion, que asustaba al emperador por la tranquilidad del Imperio. Los españoles murmuraban de una guerra, cuyo peso por entero llevaban casi solos; y la medianía de las rentas de Carlos no podia bastar á la multiplicidad y extension de sus operaciones. Todas las victorias que habia tenido hasta entónces, las debia principalmente á su buena fortuna, y á la habilidad de sus generales, y no podia lisonjearse de que unas tropas desprovistas de todo lo necesario vencieran siempre á enemigos que se hallaban todavía en estado de renovar sus ataques. No obstante esto, todas las potencias se veian igualmente embarazadas para ocultar ó disimular su modo de pensar. El emperador, á fin de que no se le sospechara sin fuerzas para continuar la guerra, exigia condiciones duras y en tono de conquistador. El papa, no queriendo perder á sus aliados actuales antes de haber ajustado algun convenio con Carlos, proseguia reiterándoles mil protestas de fidelidad, y negociaba en secreto con el emperador. Francisco, receloso de que sus aliados le ganáran por la mano, y firmáran con el emperador su tratado particular, recurrió á muchos artificios poco honorosos, á fin de apartar su atencion de las disposiciones que tomaba para concluir sus diferencias con su rival.

En esta situacion de los negocios, mientras que entrambos partidos anhelaban por la paz, pero no se atrevian á apresurarse á hacer las declaraciones necesarias para obtenerlas dos mujeres tomaron á su cargo satisfacer la ansia de toda la Europa, y proporcionarla este bien tan deseado. Margarita de Austria, viuda de Saboya, y tía del emperador; y Luisa, madre de Francisco, convinieron en unas vistas en Cambray: habiéndose alojado en dos casas contiguas, á las cuales se abrió una comunicacion, se abocaron sin ceremonial ni formalidades, y tuvieron á solas conferencias diarias, á las que no se admitia á nadie. Como entrambas se hallaban versadas en los negocios, instruidas per-

fectamente en los secretos de sus respectivas córtes, y que tenian una con otra confianza sin reserva, adelantaron pronto rápidamente para un ajuste definitivo; todos los embajadores de los aliados aguardaron con indecible inquietud que estas dos princesas decidieran del destino de la Europa.

Mas por diligencia que se dieran á acelerar la conclusion de una paz general, el papa tuvo todavía el secreto y maña de anticiparse á sus aliados, y concluir en Barcelona su tratado particular. El emperador, impaciente por visitar la Italia al ir á Alemania, quiso restablecer la tranquilidad en la primera de estas regiones antes de trabajar en apaciguar las turbaciones de que la segunda abundaba: creyó, pues, necesario asegurarse á lo ménos con algun potentado de Italia una alianza con la que poder contar. La del papa, que no cesaba de solicitarle, le pareció preferible á todas las demás. Carlos deseaba vivamente una ocasion de reparar de alguna suerte los insultos que habia hecho al carácter sagrado de la cabeza de la Iglesia, y borrar la memoria de lo pasado con algunos servicios presentes; así que, lo trato, despues de todas sus desventuras, mucho más favorablemente que este papa hubiera podido esperarlo de una larga série de victorias.

El emperador se obligó, entre otros artículos, á restituírle todos los territorios pertenecientes al estado eclesiástico; á restablecer en Florencia el gobierno de los Médicis; á casar á su hija natural con Alejandro, cabeza de esta familia; á dejar al papa el arbitrio absoluto de la suerte de Sforcia y de la soberanía del Milanés. En cambio de estas concesiones de entidad, Clemente dió al emperador la investidura del reino de Nápoles, sin reservarse otro tributo que el presente de una hacanea blanca en reconocimiento de su soberanía, dió además una absolucion general á todos los que habian tenido parte en el asalto y saqueo de Roma; en fin, permitió á Carlos y á su hermano Fernando recaudar en sus Estados una cuarta parte de las rentas eclesiásticas.

La noticia de este tratado abrevió las negociaciones de Cambray, y determinó á Margarita y á Luisa á concluir al instante. El tra-



tado de Madrid sirvió de base al suyo, y cuyo objeto fué mitigar el rigor de las condiciones del primero. Los principales artículos fueron que el emperador no demandaría por entonces la restitucion de la Borgoña, reservándose, sin embargo, hacer valer en toda su fuerza sus derechos y pretensiones á este ducado; que Francisco pagaría dos millones de escudos por el rescate de sus hijos, y que ántes de su soltura entregaría todas las ciudades que poseía aún en el Milanés; que cedería la soberanía de Flandes y de Artois; que renunciaría á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milán, Génova y demas ciudades situadas de la otra parte de los Alpes; que se desposaría inmediatamente despues del tratado, como se habia convenido ya, con Leonor, hermana del emperador.

Así fué como Francisco, por su excesiva impaciencia de revér á sus hijos en libertad, sacrificó todo lo que le habia estimulado al principio á armarse y á continuar las hostilidades durante nueve años consecutivos; lo que habia producido una guerra de una duracion casi desconocida en Europa, ántes de que las tropas regladas y la imposicion de las contribuciones extraordinarias se hubieran generalizado. Por este tratado, el emperador quedó único árbitro de la suerte de Italia; libertó á sus dominios de los Países-Bajos de una marca vergonzosa de servidumbre, y despues de haber vencido á su rival con las armas en la mano, le impuso como señor las condiciones de la paz. La guerra debia indudablemente finalizar así, juzgando por la conducta diferente que los dos reyes habian tenido en sus operaciones. Carlos, por carácter tanto como por la necesidad de su situacion, combinaba todos sus planes con la mayor prudencia y los seguía con firmeza: siempre atento á observar las circunstancias y acontecimientos, no malograba ninguna de las ocasiones que podian proporcionarle alguna ventaja. Francisco, más emprendedor que constante en sus proyectos, se metia con calor en grandes intentos, y se resfriaba en la ejecucion: distraido por sus placeres ó engañado por sus cortesanos, perdía muchas veces las coyunturas más favorables.

Las calidades opuestas de los generales que los dos reyes emplearon, no influyeron ménos en el éxito de la guerra que la diferencia del carácter de sus amos. Se vió siempre en los generales del emperador el valor templado por la prudencia; un entendimiento fecundo en recursos é ilustrado por la experiencia; una profunda sagacidad en penetrar los designios del enemigo; una gran habilidad en dirigir sus propias miras, todos los talentos, en fin, que forman á los grandes capitanes y que aseguran la victoria. Todas estas prendas indispensables faltaban á los generales franceses, y la mayor parte de ellos tenia los defectos contrarios; salvo Lautrec, que fué siempre desgraciado, no hubo uno solo que pudiera jactarse de igualar al mérito de Pescara, de Leyva, de Guasto, del príncipe de Orange y demas jefes que Carlos opuso á los franceses. Borbon, Moron y Doria, quienes por sus extraordinarios talentos y por su conducta hubieran podido balancear la superioridad que los imperiales habian adquirido, se perdieron para la Francia por la negligencia del rey, ó por la maldad é injusticia de sus cortesanos; y se ha debido notar que los mayores golpes que se descargaron á la Francia durante toda la guerra, fueron dirigidos por el resentimiento y desesperacion de estos tres hombres, que se habian visto forzados á abandonar su servicio.

Las rigurosas condiciones que Francisco se vió en precision de sufrir, no fueron lo que más le mortificó en el tratado de Cambray. Perdió tambien su reputacion y la confianza de toda la Europa, sacrificando sus aliados á su rival. Como no queria entrar en todos los pormenores necesarios para conciliar sus intereses, y que recelaba tal vez verse obligado á comprar con mayores sacrificios de su parte lo que reclamára para ellos, desamparó á todos igualmente y dejó sin ninguna estipulacion á la merced del emperador á los venecianos, á los florentinos, al duque de Ferrara y á algunos barones napolitanos que se habian juntado á su ejército. Por lo cual levantaron el grito contra la cobardía y perfidia de este proceder; y el mismo Francisco estaba tan corrido, que no pudiendo resolverse á oír de boca de sus embajadores las



justas objeciones que merecía, dejó pasar algun tiempo sin querer darles audiencia. Carlos, al contrario, habia tenido la mayor atencion á mirar por los intereses de todos cuantos se habian adherido á su partido; habia asegurado hasta los derechos de algunos de sus vasallos flamencos con bienes ó pretensiones en Francia; habia hecho insertar un artículo que obligaba á Francisco á rehabilitar la familia y memoria del condestable de Borbon, y á restituir á sus herederos las tierras que se les habian confiscado; por otro artículo habia estipulado un rescacimiento para los caballeros franceses que habian seguido á Borbon á su destierro. Esta conducta, loable en sí misma y que el contraste de Francisco realzaba de una manera más brillante todavía, proporcionó á Carlos tanta estimacion, como gloria habia adquirido el triunfo de sus armas.

Francisco no trató al rey de Inglaterra con la misma indiferencia que á sus demas aliados. No daba un solo paso en la negociacion de Cambray sin participárselo, y por buena suerte suya, Enrique se encontraba entonces en una situacion que no le dejaba otro partido que abrazar sino apoyar sin reserva todas las disposiciones del rey de Francia, y de concurrir con él á ellas. El rey de Inglaterra solicitaba desde mucho tiempo al papa para obtener permiso de repudiar á su mujer, Catalina de Aragon. Muchos motivos le movian á desear este divorcio: primeramente, Catalina era viuda de su hermano, y como habia ciertos tiempos del año en que las ideas religiosas hacian muy viva impresion en su corazon, le asaltaban escrúpulos sobre la legitimidad de su tálamo; ya desde largo tiempo antes no amaba más á la reina, de mucho mayor edad que él, y que habia perdido todas las gracias de su juventud; fuera de esto, ardía en deseos de tener hijos varones. Wolsey, que no procuraba sino fortalecer la desunion de su amo con el emperador, sobrino de Catalina, empleaba todo su arte en fomentar los escrúpulos de Enrique y en alentarle en el proyecto de su divorcio. En una palabra, un postrer motivo, acaso más poderoso que todos los demas juntos, era la pasion violenta que Enrique habia concebido por la

célebre Ana de Boulen, señorita de peregrina belleza y de mérito aún más brillante. Este príncipe, viendo que no podia alcanzar sus favores sino dándola su mano, se determinó á ensalzarla al trono. Los papas habian usado á menudo de su autoridad para permitir divorcios por razones ménos especiosas que Enrique alegaba á su favor. Cuando se la propuso la primera vez á Clemente, se hallaba preso en el castillo de San Angelo; y como no esperaba entonces su libertad sino de los reyes de Inglaterra y de Francia, sus aliados, manifestó la mayor inclinacion á favorecer el divorcio del primero: mas luego que se halló en libertad, dejó ver sentimientos opuestos del todo. Carlos, que abrazaba el partido de su tia con un celo animado por el resentimiento, intimidó al pontífice con amenazas, que asustaron vivamente á su alma medrosa, y le halagó por otro lado con las promesas que le hizo, ventajosas á su familia, promesas que realizó en efecto algun tiempo despues. Estas consideraciones borraron de la memoria de Clemente todas las obligaciones que debia á Enrique; su celo por los intereses del emperador llegó hasta comprometer al interés de la religion romana, aventurando separar para siempre á la Inglaterra de la dependencia de la Santa Sede. Despues de haber entretenido á Enrique por dos años cabales con todas las sutilezas y sofisterias que la córte de Roma sabe emplear con tanta maña para alargar ó malograr un asunto; despues de haber apurado todos los recursos de su política equívoca y artificiosa, cuyos rodeos ha costado muchísimo á los historiadores ingleses, que han tratado este asunto, el seguir y desenmarañar, finalizó quitando los poderes dados á los jueces que habia comisionado para sentenciar esta cuestion; abocó la causa á Roma y no dejó ya al rey otra esperanza de obtener un divorcio sino de la decision del papa mismo. Como éste se habia ligado estrechamente con el emperador, que habia comprado su amistad por sacrificios ilimitados, Enrique desesperó alcanzar otro juicio que el que pronunciara el emperador por boca del papa. Sin embargo, el interés de su honor y el de sus pasiones no le permitian renunciar á su pro-